

El poder del evangelio de Cristo en las culturas de todo el mundo

Por Charles Colson

¡Qué alegría es para mí contemplar este mar de rostros y sentir el entusiasmo de este gran encuentro! Me siento tan honrado de poder hablarles, mis hermanos y hermanas; pues cada uno de ustedes está en el frente de batalla del evangelio; ustedes están donde está la acción. Los respeto y aprecio, y los amo a todos. Cuando los miro, recuerdo también el honor que tuve de hablar en la primera conferencia, aquí en Amsterdam, en 1983. Ése también fue un gran encuentro, que produjo mucho fruto.

Realmente valoro el testimonio que es cada uno de ustedes. Hay una gran variedad de formas de ser un testigo, por supuesto. Cuando mi esposa y yo estuvimos en Inglaterra hace unos años, oímos acerca de dos monjas que, vestidas con sus hábitos, estaban paseando en auto un domingo a la tarde por la campiña. Estaban absortas por el paisaje hermoso, los campos verdes y los muros de piedra, sin darse cuenta que se estaban quedando sin combustible. De pronto, el auto se detuvo. Las dos monjas no podían hacer nada. Salieron del auto y se quedaron al costado del camino abandonado. Pasó el tiempo y se acercó un auto. El conductor se compadeció de ellas y las llevó varios kilómetros a un lugar donde vendían combustible. Cuando llegaron ahí, sin embargo, descubrieron que no tenían dónde poner el combustible. De pronto, una mujer se acercó con sus tres hijitos sentados en el asiento trasero de su auto. Les ofreció la bacinilla que usaba para enseñar a sus hijos a usar el baño. Así que la llenaron con algunos litros de combustible y llevaron a las monjas de vuelta a donde estaba su auto. Mientras las dos monjas con sus hábitos estaban tratando de verter el combustible en el tanque, se acercó velozmente un Rolls Royce que frenó bruscamente. Alguien bajó el vidrio y desde el asiento de atrás un jeque árabe se asomó y les dijo: “Señoras, no compartimos su religión, pero ciertamente admiramos su fe.”

Este es un momento especial para mí en otro sentido, porque la próxima semana se cumplirán 27 años desde que yo, que en ese entonces era una persona de confianza del presidente de los Estados Unidos, rendí mi vida a Jesucristo en un torrente de lágrimas a la entrada de la casa de un amigo, en medio del gran escándalo de Watergate. Nada ha sido igual desde entonces. Nada podrá ser igual nunca más.

Muchos de ustedes conocen la historia. Yo era consejero especial del presidente, y mi oficina estaba al lado de la suya. Era una de las cuatro o cinco personas que entraban y salían de su oficina a diario. Y entonces me encontré en medio de Watergate, acusado de un delito. Y luego pasé a ser un prisionero en una cárcel lúgubre rodeada de alambre de púas.

Pero fue en esa cárcel que aprendí las más grandes lecciones de mi vida:

Primero, dónde está el verdadero poder. Como había participado de todas las grandes decisiones durante los cuatro años de la presidencia de Nixon, creí que conocía el poder. Pero descubrí cuán rápidamente desaparecía ese poder. Los reinos vienen y van. En la cárcel vi el verdadero poder. Es el poder del evangelio que transforma el corazón humano. Es el único poder que perdura. Ése es el poder que termina conquistando el mundo y transformando los reinos.

Segundo, descubrí la soberanía de Dios. Cuando estaba en prisión, pensé que mi vida se había terminado. Era un funcionario público deshonrado. Es cierto que podía volver a mi práctica de abogado y podía volver a ganarme la vida decorosamente. Pero mis esperanzas de cambiar la forma en que vivía la gente, aquel idealismo que me llevó a la política, se habían hecho añicos.

Pero, cuando fui liberado en 1975, Dios me llamó a trabajar en las cárceles, y a lo largo de estos 25 años, el ministerio que comencé, Prison Fellowship, se encuentra ahora en 88 países del mundo, llevando la esperanza del evangelio a cientos de miles de hombres y mujeres olvidados. Piensen en esto. Dios, en su misericordia, toma a alguien que fue quebrantado en medio de Watergate, arrojado a la cárcel, y luego lo levanta para conducir un movimiento que toca a millones de personas en todo el mundo. Así trabaja Dios. A través de nuestro quebrantamiento. Él confunde la sabiduría del mundo mientras obra su voluntad soberana.

Hay una lección para todos en mi conversión, durante el tiempo de mi profunda crisis personal, y en el ministerio de Prison Fellowship (Comunidad Carcelaria) que Dios ha levantado milagrosamente desde entonces. Uno nunca debe desesperarse. La desesperación es un pecado porque niega la soberanía de Dios. Nuestro Dios soberano usará sus acciones de obediencia, aun cuando ustedes no vean ninguna esperanza – de la misma forma que yo no veía ninguna esperanza hace 25 años – para llevar a cabo sus obras más grandes. Nunca se den por vencidos. Sigán avanzando sabiendo con certeza que nuestro Dios reina y que nuestro Dios los guiará.

Voy a ampliar estos dos temas durante esta tarde – la soberanía de Dios y el poder del evangelio – en el contexto de los grandes temas de nuestro tiempo, el gran conflicto de las cosmovisiones que se está librando hoy, cuando somos llamados a presentar el evangelio, como evangelistas, y a defender lo que creemos.

Un momento de oportunidad histórica

Desde que nos reunimos por primera vez aquí, en 1983, el mundo ha experimentado la más grande revolución tecnológica desde la imprenta de Gutenberg. El mundo está literalmente interconectado por máquinas de fax, la Internet y los satélites. Lo que ocurre es que los temas que están siendo debatidos en la cultura occidental hoy, cada vez más – para bien y a veces para mal – hacen impacto en todas las culturas del mundo.

Lo que estamos viendo en Occidente hoy es una gran lucha, no tanto por los temas acerca de los cuales leemos ustedes y yo – la familia, o el aborto, o los derechos de los homosexuales, o la epidemia del SIDA, o la libertad religiosa – sino acerca de las cuestiones más fundamentales. Es una lucha entre cosmovisiones encontradas, es decir, nuestra comprensión acerca de cómo funciona el mundo y acerca de la vida. De un lado se encuentra el punto de vista bíblico de que somos creados por Dios, con todo lo que eso significa; del otro, está el punto de vista secular, la creencia de que Dios está muerto y que nosotros, los humanos, somos simplemente el resultado del azar. Éste es un conflicto que afecta a cada persona sobre la tierra. Ustedes deben comprenderlo.

Pero, si bien podría parecer que el punto de vista secular es el que predomina, creo que esto está cambiando, y ésta es la razón por la que creo que éste es un momento de oportunidad histórica para la iglesia. La razón de este cambio es que las personas – en Occidente y, cada vez más, en todo el mundo – se están dando cuenta de que la cosmovisión secular es defectuosa; no permite a las personas vivir vidas racionales y ordenadas. En la década del '60, a la gente se le dijo que el objetivo de la vida es la autonomía, poder hacer lo que a uno le gusta, estar libre de las limitaciones, poder trazar su propio rumbo. Pero, por supuesto, esto conduce a algo exactamente igual a lo que leemos en el libro de Jueces: la gente hace lo que le parece bien y el resultado es el caos. Y estamos experimentando ese caos con una violencia descontrolada – padres que tienen miedo de enviar a sus hijos a la escuela por temor a que sean muertos, una degradación de la cultura popular; un resquebrajamiento de la comunidad. Por lo tanto, las personas están comenzando a darse cuenta de que no pueden vivir con las consecuencias de los valores que aceptaron en la década del '60. Y están buscando algo mejor, algo que pueda satisfacer sus anhelos más profundos.

Hay una buena ilustración en este punto que es una historia contada por un pastor amigo mío. A él, como a mí, le gusta fijarse en las calcomanías que llevan los autos. (Uno puede saber mucho acerca de las personas por las figuras que llevan en sus autos.) Mientras de desplazaba lentamente en el tráfico, notó una calcomanía en el auto que estaba delante de él, que tenía un lema de la década del '60: “Si te hace sentir bien, hazlo.” El tráfico avanzaba lentamente. En un momento, se aceleró el tráfico y el auto que estaba delante de mi amigo se detuvo abruptamente ante un semáforo. Mi amigo, que tiene un sentido del humor algo travieso, se le acercó desde atrás — y entonces... ¡BANG!, le chocó el paragolpes del auto de adelante.

El hombre saltó del auto y se acercó a mi amigo sacudiendo el puño y diciendo: “¿Qué está haciendo?” La respuesta de mi amigo fue: “Me hizo sentir bien.”

Lo que pasa es que la cultura posmoderna nos enseña que podemos hacer lo que queremos si nos hace sentir bien – es decir, hasta que otra persona también hace lo que ella quiere y nos choca desde atrás. Y eso es precisamente lo que le está pasando al secularismo occidental hoy. Los ideales occidentales acerca de la democracia y la libertad están atrayendo a

las personas de todas partes, merecidamente. Pero los ideales del secularismo occidental que vemos surgir de la cultura popular – el nihilismo moral – son señales de una cosmovisión con la que la gente simplemente no puede convivir.

Recuerden que las culturas están modeladas por las cosmovisiones, es decir nuestras creencias más fundamentales acerca de la vida. No sólo se está desmoronando el punto de vista occidental secular, sino también las cosmovisiones tradicionales que predominan en las culturas musulmanas y orientales.

En el mundo musulmán, por ejemplo, hay una gran opresión. Las mujeres son tratadas como si fueran una propiedad. En Sudán, se practica la esclavitud. No existe la libertad religiosa y los fundamentos de la dignidad humana han sido socavados.

Y vemos hoy en Oriente que hay oscuridad espiritual – y personas que anhelan tener esperanza. Porque ni Krishna ni Buda pueden proveer una respuesta al dilema del pecado humano. Hace algunos años, prediqué en una cárcel en Trivandrum, India. Mil hombres marginados estaban en cuclillas en un complejo carcelario, en medio del barro. Según las creencias hindúes, lo que ellos habían hecho en este mundo les sería hecho en el próximo mundo. Así que no tenían ninguna esperanza. Cuando les dije que podrían ser nuevas criaturas en Cristo, libres del pasado y en paz con el Dios que los había creado, sus ojos se abrieron de par en par. Cuando terminé de hablar, para sorpresa de los guardias, salté de la plataforma y me metí en medio de la multitud, y los hombres, muchos de ellos con lágrimas en los ojos, me rodearon tan de cerca que casi no me podía mover. Estos hombres habían encontrado esperanza.

También recuerdo una reunión que tuve en Japón con un destacado profesor budista en la Universidad de Yokohama. Él enseñaba religiones comparadas y estaba usando mi libro, *Nacido de nuevo*, como una ilustración del cristianismo. Tuvimos una maravillosa conversación hasta que le pregunté cómo podían los budistas tener un ministerio carcelario. ¿Qué podían ofrecerle a las personas como redención? Sonrió, con suficiencia, y dijo: “Hemos desarrollado algo que se llama budismo Pureland, en el que las personas pueden ser perdonadas. Necesitamos darles esperanza a los que han infringido la ley.”

¿Se dan cuenta? Tienen que fabricar una religión para los prisioneros porque su fe no ofrece ningún alivio para el pecado y la culpa.

Por esto digo que éste es un gran momento cristiano en el mundo, tal vez la más grande oportunidad que ha tenido la iglesia cristiana desde mediados del siglo XIX. Esto es porque en todo el mundo las personas tienen hambre de una cosmovisión por la cual puedan vivir, que las libre de la opresión de las religiones orientales y del mundo musulmán, y que les dé una respuesta a la bancarrota moral a la que nos han llevado las creencias seculares en Occidente. Y nosotros somos quienes tenemos algo mejor para ofrecerles,

una visión del mundo y una visión de la vida que provee, no sólo la redención del pecado, alcanzada por Cristo en la cruz para toda la humanidad, sino también una forma de entender la vida, según lo revela la Biblia, que tiene sentido, que provee pautas morales por las que podemos vivir y una base de justicia y paz para nuestras vidas comunes.

Oportunidad cristiana

A fin de aprovechar este momento, debemos comprender la batalla que se está librando entre las distintas cosmovisiones encontradas, y debemos entender por qué nuestra cosmovisión cristiana va al encuentro de las personas en su punto de mayor necesidad.

Esto les parecerá exagerado a algunos de ustedes, pero el mensaje que predicamos nosotros, como evangelistas, tiene que ver no sólo con la salvación. El mensaje bíblico completo es una visión del mundo y una visión de la vida, que explica toda la realidad, y que contesta las grandes preguntas que han hecho los filósofos desde el comienzo de los tiempos: ¿De dónde venimos? La creación es nuestra respuesta. ¿Por qué estamos metidos en este lío? Nuestra respuesta es la caída; los humanos desobedecieron las órdenes de Dios, y nosotros debemos vivir con las consecuencias. ¿Hay una salida? Ah, sí, el glorioso mensaje de la redención que no ofrece ninguna otra religión, ninguna otra cosmovisión. ¿Puede ser restaurado el mundo destruido? Sí, la respuesta cristiana surge de vivir la verdad cristiana en cada aspecto de la vida. Este mensaje, mis hermanos y hermanas, es el mensaje que el mundo está hambriento por escuchar.

Es crucial para el evangelismo entender que hay cosmovisiones encontradas, ser capaces de señalar lo que es falso, y seguir adelante con lo que es verdadero. El mejor ejemplo de cuán importante es entender las creencias de quienes estamos evangelizando es el sermón de Pablo en la colina de Marte. Cuando predicaba a los judíos, como hizo en toda Asia Menor, podía dar por sentado que entendían una perspectiva bíblica de la vida, que estaban esperando un Mesías. Pero no podía dar por sentado esto cuando fue a Atenas, una ciudad imbuida de las grandes filosofías de ese tiempo, pero sin conocimiento de la historia bíblica. Así que, ¿qué hizo? Las Escrituras nos dicen que “discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían.”

Luego predicó su mensaje magnífico ante el Areópago, basándose en sus creencias culturales. Habló de su inscripción “al Dios no conocido.” Citó la poesía griega. Relacionó su mensaje con sus creencias de una forma que pudieran entenderlo. Luego, una vez que consiguió su atención, les mostró por qué su adoración a un Dios desconocido era falsa, presentando primero el mensaje de la creación: una perspectiva bíblica del mundo; luego les presentó el más grande de todos los mensajes: la resurrección de Cristo de los muertos.

Esto es precisamente lo que debemos hacer en las culturas orientales donde tantas personas han estado absortas en sus propias supersticiones y no tienen ningún concepto de un Dios creador. Debemos hacerlo en las culturas musulmanas, donde las personas están siguiendo ciegamente un sistema represivo. Debemos hacerlo en las culturas occidentales, donde se les ha dicho a las personas que Dios está muerto. Y debemos hacerlo en las culturas de los países en vías de desarrollo, donde la violencia, las enfermedades y la pobreza están quitándole a las personas su esperanza. Exponemos estas cosmovisiones falsas a las personas en el punto donde puedan entendernos y presentando lo que sabemos que es verdadero. Esto es lo que el fallecido Francis Schaeffer quería decir cuando dijo que si hemos de ser efectivos como evangelistas, debemos ser misioneros en nuestra propia cultura.

Debemos comprender, también, la lucha entre las cosmovisiones, para que podamos cumplir la gran comisión. El evangelismo en nuestro llamado, pero también debemos cumplir la comisión cultural que Dios nos dio en la creación, de cultivar y labrar, de cuidar el orden creado de Dios, de ocuparnos de que Dios se refleje en cada área de la vida.

Así que, nos interesa cada área de la vida. Abraham Kuyper, quien fue primer ministro de este país donde nos hemos reunido y uno de los más grandes teólogos, capturó esta verdad brillantemente a fines del siglo XIX en la dedicación de la Universidad Libre, aquí en Amsterdam: “No existe un centímetro cuadrado en todo el dominio de la existencia humana ante el cual Cristo, quien es soberano, no diga ‘mío.’”

Para ser instrumentos de la gracia de Dios en toda la creación, debemos entender cómo trabaja para el bien humano la verdad bíblica en cada aspecto de la cultura. Y, por cierto, lo hace. Influye en la política, por ejemplo, porque, como pone en claro el Nuevo Testamento, hay un papel para el estado y para la iglesia: el estado está ordenado para blandir la espada, o sea para mantener el orden. Pero la doctrina cristiana, en especial como fue refinada por la Reforma, argumenta que el papel del gobierno se encuentra limitado. Porque Dios también ordena que la familia y la iglesia cumplan sus papeles. Y, como argumentan los reformadores, el rey no es la ley, sino que la ley es el rey. Fue la influencia cristiana la que dio origen a los gobiernos democráticos libres y al imperio de la ley, que protege los derechos humanos. Por esto, los más grandes batalladores en favor de los derechos humanos a lo largo de los siglos han sido cristianos.

Es la perspectiva cristiana de la vida la que cree que el trabajo es una vocación dada por Dios y que fue hecho para su gloria, dándole dignidad al obrero y significado a su trabajo. La verdad bíblica provee la única norma inmutable capaz de sustentar un sistema ético. Todo otro intento de crear un marco ético ha fracasado. La verdad cristiana asegura el orden del universo, sin el cual serían imposible los esfuerzos científicos. La verdad cristiana da un significado y un propósito más elevados al arte, la música y la literatura, los que han inspirado gran parte de los tesoros culturales del mundo.

Esta es la postura que debemos sostener: que, en todo aspecto, la cosmovisión cristiana provee las respuestas que anhelan las personas, de una forma que ninguna otra religión o cosmovisión puede hacerlo. Esto ocurre, sabemos, porque es verdadera, porque concuerda con la forma en que Dios hizo el mundo.

Sostenemos nuestra postura de dos formas.

Primero, aprovechando cada oportunidad para presentar la verdad como respuesta a las necesidades humanas. A menudo, esto ocurrirá en la conversación cotidiana con nuestros vecinos seculares, y a veces con la gente de importancia. Tuve oportunidad de hacer esto unos años atrás, cuando estuve en el palacio de Buckingham para recibir el premio Templeton. Fue un evento fastuoso que se llevó a cabo en uno de los grandes salones del palacio. Después que el príncipe Felipe me dio el premio, dije unas breves palabras, contando cómo Cristo había cambiado mi vida y por qué el evangelio era la única respuesta. Cuando terminé, el príncipe Felipe dijo: “Tal vez usted pueda darnos algunas ideas acerca de cómo enfrentar la delincuencia juvenil, que es un problema creciente aquí en Inglaterra.”

Contesté: “Mi sugerencia, su Alteza Real, es que usted envíe a más niños británicos a la Escuela Dominical.”

Los distinguidos jueces y ministros de la Cámara de los Lores se rieron para sus adentros, y el príncipe se sonrió. Estoy seguro que pensaban que estaba bromeando.

Dije: “Estoy hablando en serio. Un estudio realizado por la profesora Christie Davies de la Universidad de Reading demostró que cuando la asistencia a la Escuela Dominical en Inglaterra alcanzó su punto más alto, la delincuencia juvenil estaba en su punto más bajo. Y la delincuencia juvenil ha estado creciendo constantemente durante el último siglo, mientras la asistencia a la Escuela Dominical ha declinado. Así que la verdadera respuesta a la delincuencia juvenil,” le dije al príncipe Felipe, “es enviar a más niños británicos a la Escuela Dominical.”

El príncipe Felipe contestó: “Ésa es una muy buena idea.”

Me encantan las oportunidades como ésta, porque la verdad es que la delincuencia es un problema moral y la respuesta a la delincuencia no es más terapia o cárceles; la respuesta a la delincuencia es la transformación moral del corazón humano, como he visto en las cárceles de todo el mundo. Cada vez que presentamos estos argumentos, estamos persuadiendo a las personas de que la Biblia es verdadera, que la cosmovisión cristiana es la correcta para la sociedad. En cada área de nuestra vida, podemos defender la comprensión cristiana de la vida, dando la mejor razón de la esperanza que está en nosotros – pero con mansedumbre y reverencia, como nos dice el apóstol Pedro.

La segunda forma en la que nos relacionamos con la cultura es viviendo la verdad cristiana de forma tal que nuestros vecinos seculares, sea en culturas dominadas por creencias musulmanas, hindúes o budistas, o en el Occidente post-cristiano, *vean* con sus propios ojos la verdad del evangelio. Claramente, éste es un llamado al pueblo de Dios, para que sea sal y luz.

Hacemos esto como instrumentos de la gracia de Dios. Recordemos, como explicó Calvino, que la gracia de Dios opera de dos formas: existe la gracia salvadora mediante la cual él se inclina hacia nosotros y nos da el don de la fe y nos declara justos; pero también está el don de la gracia común, que Dios derrama a través de su pueblo para mantener su creación, para detener el pecado y la maldad que, de otra manera, nos devoraría. Todo cristiano debe ser un instrumento tanto de la gracia salvadora como de la gracia común, de la gran comisión como de la comisión cultural.

Cada vez que los cristianos han hecho esto, han cambiado el mundo. Un ejemplo maravilloso es William Wilberforce, el gran héroe de mi vida. Wilberforce era miembro del parlamento inglés a fines del siglo XVIII, y había sido convertido por discípulos de John Wesley. Su amor por Cristo lo impulsó a enfrentar al primer ministro (perdiendo así la oportunidad de convertirse él en primer ministro), para luchar por la terminación del comercio de esclavos, aquella práctica moderna increíblemente inhumana mediante la cual los africanos negros eran apilados en barcos como carga y llevados a la fuerza al hemisferio occidental. Muchos de ellos morían en el trayecto. Wilberforce comenzó su gran campaña en 1787, y año tras año fue derrotado en el parlamento, pero siguió adelante. Nunca se desesperó. Nunca calculó las probabilidades en su contra. Finalmente, después de una lucha de veinte años, una mayoría de la Cámara de Comunes votó a favor de la terminación del tráfico de esclavos. Veinticinco años después, cuando Wilberforce estaba en su lecho de muerte, la esclavitud fue abolida en el Imperio Británico.

¡Y qué testimonio fue ése! Pero Wilberforce hizo algo más que abolir la esclavitud. Él veía a toda la vida bajo el señorío de Cristo, así que trabajó para reformar una Gran Bretaña moralmente corrupta. En parte gracias a sus esfuerzos, surgió un gran avivamiento. La sociedad fue transformada y los corazones fueron cambiados.

Ésa es la diferencia que podemos hacer los cristianos. Ésa es la gracia común. Ésa es nuestra herencia como cristianos, y es ésa la herencia que debemos reclamar hoy.

He visto, en mi propio ministerio, la diferencia que hay cuando se vive la verdad cristiana, y el testimonio que representa para el mundo. Hace veinticinco años, unos voluntarios en Brasil se hicieron cargo de una cárcel estatal y la convirtieron en una cárcel cristiana llamada Humaita. Cada vez que la visité, era como estar en un centro de retiros espirituales. El índice de reincidencia descendió dramáticamente de un 75%, en el país en general, a menos del 5% en Humaita. Luego, unos años después, nuestros voluntarios en Ecuador hicieron exactamente lo mismo, creando un ala cristiana de la cárcel García Moreno.

Cinco años atrás, llevé a un grupo de funcionarios carcelarios a Sudamérica para ver estos dos institutos. El comisionado de Texas volvió y persuadió al gobernador George Bush para que intentara un programa similar. Así que, tres años atrás, inauguramos la primera cárcel dirigida por cristianos, justo en las afueras de Houston, Texas. Es un lugar asombroso. Los internos se levantan cada mañana a las 5:30 para tener su tiempo devocional. Después del desayuno, concurren a las clases. Después de los programas de trabajo, se reúnen a media tarde para otro tiempo devocional. Y, después de la comida de la noche, se quedan estudiando la Biblia hasta que se apagan las luces, a las 22 horas. No hay televisión, no hay distracciones. Estos hombres están estudiando la Palabra seriamente y están aprendiendo a vivir como cristianos.

Tenemos que aceptar a toda persona que nos envíe el estado, así que muchos hombres no son cristianos cuando llegan. Los que son cristianos se agrupan, de la misma forma en que la iglesia agrupa a las personas en la sociedad. Ellos viven según la enseñanza bíblica. Con el tiempo, empiezan a influir en las actitudes de los que los rodean. Aun los que no son creyentes comienzan a vivir según las mismas normas. Es una ilustración asombrosa de cómo los cristianos, cuando son fieles, pueden ser la levadura de toda una cultura.

Y aquellos que comienzan a experimentar los valores cristianos de esta forma son atraídos muy rápidamente al evangelio. La mayoría de los que ingresan sin ser creyentes no permanecen en la misma condición. Yo estaba en la cárcel un día, cuando dos musulmanes se convirtieron, confesando su fe en Cristo. Los bautismos son frecuentes, a medida que las personas acuden al Señor.

La cultura cambia tan profundamente que muchos hombres han rehusado salir en libertad provisional y en libertad anticipada. Prefieren quedarse en el programa, al que están comprometidos por dieciocho meses, y experimentar el poder de Cristo que cambia las vidas, antes que ser liberados a las calles y volver al crimen.

Pero, ¿funciona esto? La tasa de reincidencia en los Estados Unidos es del 75%. Hasta ahora, más de 45 hombres han egresado del curso completo de dieciocho meses en la cárcel, se han anotado con un mentor afuera de la cárcel, están en una iglesia, y están trabajando. Algunos se han encontrado con dificultades, y algunos están nuevamente en tratamiento para la drogadicción, pero ni un solo interno está recluido nuevamente.

El experimento de Houston ha sido tan exitoso que se están abriendo dos cárceles más en otras partes de Estados Unidos; y la prensa ha acudido en masa a Houston. Cada una de las cadenas principales, cada agencia de noticias, ha venido a ver esta cárcel, y se han visto obligados a informar acerca de las características cristianas explícitas del lugar, así como los testimonios cristianos que fluyen de allí.

Éste ha sido un testimonio asombroso. Lo que está viendo el mundo en esta cárcel de Houston, es que donde los medios humanos han fracasado, una y otra vez, donde nada de lo que hemos hecho en el sistema judicial criminal ha funcionado, los medios de Dios, el evangelio que transforma el corazón humano, y los cristianos creando una cultura en la que las personas pueden vivir en un orden moral correcto, pueden tener éxito.

Déjenme contarles acerca de una experiencia que ilustra esta verdad profundamente. Yo estaba allí un día para la graduación, para entregar los certificados a los hombres que estaban completando el curso completo de dieciocho meses. Un interno africano-americano llamado Ron Flowers empezó a caminar hacia mí para recibir su certificado. Y, con el rabillo del ojo, vi a una mujer alta e imponente levantarse de su asiento para dirigirse hacia mí también. Yo sabía lo que ocurriría. La mayor parte de las personas en esa multitud no lo sabía.

Sucede que Ron Flowers había estado preso durante catorce años por asesinar a una joven. Todo ese tiempo él había negado que fuera culpable. Pero los internos participan en el Sycamore Tree Project (Proyecto Sicómoro) en donde se los alienta a confesar sus pecados, arrepentirse y hacer restitución, si fuera posible. En una de esas sesiones, Ron Flowers confesó que él en realidad era culpable de haber matado a la mujer. Un voluntario que estuvo allí esa noche conocía a la madre de la víctima, la Sra. Washington, y se puso en contacto con ella. Durante años, la Sra. Washington había estado amargada, escribiendo cartas a la Junta de Libertad Condicional para que le negaran este beneficio a Ron Flowers. Su esposo había muerto. Su hijo había muerto. Estaba sola y enojada. Pero también era cristiana. Cuando supo que Ron Flowers había confesado y se había arrepentido, fue a la cárcel y tuvieron una reconciliación gloriosa en la que ella le perdonó el asesinato de su hija.

La Sra. Washington, aquella mujer cuya hija había sido asesinada por Ron Flowers, se abrió paso ese día ante doscientos internos y visitantes para abrazar al asesino de su hija. Se volvió a la multitud y dijo: "Mi familia se ha ido, pero Ron Flowers es ahora mi hijo adoptivo, en Cristo." Sólo el poder del evangelio puede proveer ese tipo de sanidad que el mundo necesita tan desesperadamente.

Les interesará saber que Ron Flowers fue liberado de la cárcel, tiene un trabajo, concurre a una iglesia, y se ha casado recientemente. Su testigo en la ceremonia fue su madre adoptiva, la Sra. Washington.

He visto este mismo tipo de poder transformador en todo el mundo. Recuerdo cuando conduje mi auto a través de algunos de los barrios bajos más deprimentes del mundo, en Manila, con gente que vive en las calles y en chozas de chapa, sin agua corriente ni cloacas. Pero, en medio de toda esta indigencia, visité un patio de recreación que estaba reluciente, donde había treinta hombres parados al lado de sus motocicletas de transporte, lustrosos, brillando en el sol. Sus amigos, sus familiares y los pastores estaban reunidos alrededor de ellos. Estos hombres habían estado en la cárcel de

Mauntalupa. Eran pandilleros condenados por los crímenes más graves. Pero ahora, a través de Prison Fellowship, habían conseguido dinero prestado para comprar sus vehículos y se estaban ganando la vida y estaban sustentando a sus familias (además, cada uno estaba devolviendo su préstamo). Cada uno irradiaba el gozo de Cristo en su rostro. Y todo el sector alrededor de donde vivían fue transformado.

Los internos se reunieron en la plataforma para cantarnos a los que habíamos venido. Una niñita, de tal vez seis o siete años, subió a la plataforma mientras cantaban los hombres, se dirigió a su padre, le abrazó los pies y lo miró a los ojos con ternura mientras él le acariciaba el cabello. Nunca olvidaré ese cuadro. No importa los obstáculos que he tenido que enfrentar, no importa lo duro que es el ministerio, ese único momento hace que valga la pena. Dios nos usa para restaurar, para sanar. Dios nos usa para triunfar sobre la destrucción de las sociedades que nos rodean. Esta es la cosmovisión cristiana en acción, que da esperanza al mundo.

Sé lo difícil que es estar allí afuera, a menudo solos, proclamando el evangelio, muy frecuentemente en culturas hostiles. Somos ridiculizados en Occidente, pero eso no es nada comparado con la persecución abierta que muchos de ustedes enfrentan en Oriente y en las culturas musulmanas. A veces, deben considerar que las fuerzas desplegadas contra ustedes son tremendamente poderosas. Sería fácil desesperarse.

Pero nunca deben desesperarse. La desesperación es un pecado porque niega la soberanía de Dios.

Y, vez tras vez, hemos visto acciones individuales de obediencia usadas por Dios para transformar toda una cultura. Estuve en Chipre hace unos meses, en Pafos, donde estuvo el apóstol Pablo en su primer viaje misionero (Hechos 13:16). Si recuerdan, fue ahí donde Pablo se encontró con un falso profeta. Confrontó al hechicero, llamándolo hijo del diablo. Cuando el falso profeta fue cegado, el procónsul romano se asombró tanto, nos dicen las Escrituras, que creyó y se convirtió en un seguidor de Jesús.

Hasta donde sabemos, según el relato bíblico, ése fue el único convertido. Piensen cuán solo se habrá sentido el procónsul. Un oficial del Imperio Romano que de pronto cree en este judío que había sido crucificado y que había resucitado. No había ninguna iglesia, ningún apoyo. Pero ese procónsul solitario seguramente continuó predicando el evangelio.

Porque hoy, en el mismo lugar donde Pablo confrontó al hechicero, hay una iglesia anglicana evangélica, vibrante y maravillosa, donde los creyentes equipan a otros para salir a evangelizar a todo el Oriente Medio. Leí la declaración de la iglesia acerca de la responsabilidad cristiana, y en el primer lugar figura llevar a las personas a una relación personal con Jesucristo como Señor y Salvador.

Piénsenlo. Un solitario oficial romano se convierte y 2000 años más tarde en ese lugar hay una iglesia fuerte que lleva a las personas a Cristo y envía

misioneros por una de las áreas más difíciles del mundo. El evangelio no puede ser detenido. Ustedes y yo podemos fallar. El evangelio, no.

O piensen en la Edad Media, cuando las hordas de bárbaros asolaron Europa. Todo lo que quedó del cristianismo fueron los pequeños remanentes de monjes en las costas occidentales de Irlanda. Pero edificaron sus monasterios, preservaron el aprendizaje y la Biblia con sus manuscritos ilustrados, drenaron los pantanos, construyeron escuelas, y mantuvieron viva la civilización. Al mismo tiempo, a medida que las hordas de bárbaros comenzaron a retroceder de Europa, fueron enviados misioneros de aquellas islas tan lejanas de vuelta a Escocia, y de ahí al continente, iniciando uno de los grandes períodos de renovación cristiana en la historia de Occidente. Esos monjes no se desesperaron. Perseveraron. Fueron obedientes, y con el tiempo su obediencia dio como resultado la transformación de toda Europa. Jamás desesperen.

O piensen en un solitario monje agustino que enfrentó a los poderes eclesiásticos y políticos de su tiempo, en el siglo XVI. Sin ayuda de nadie, defendió la verdad contra una iglesia corrupta y una cultura corrupta. ¿Qué ocurrió? De ahí surgió la gran Reforma, que dio como resultado las reformas políticas que originaron a la democracia y la libertad en todo el mundo. Estas reformas restauraron a la iglesia, generaron la ética del trabajo y, a su vez, la gran era de la renovación industrial que comenzó en Occidente y aun hoy recorre gran parte del mundo. Si miran a su alrededor, verán que gran parte de las grandes reformas sociales y políticas de los tiempos modernos fueron iniciadas en la Reforma, y comenzaron porque un hombre, Martín Lutero, tuvo el coraje de defender la verdad. Jamás desesperen.

Creo que es un tiempo increíblemente excitante para estar vivos. Ustedes y yo somos privilegiados en ser llamados por Dios para ser sus embajadores al mundo. La revolución tecnológica está haciendo que todo el mundo tenga acceso a la información casi simultáneamente. La gente puede ver lo que está bien en varias culturas, y lo que está fallando. Ya no pueden ser aislados ni ser forzados a vivir bajo opresión.

Creo que, en la medida que las personas consideren las grandes cosmovisiones que están compitiendo hoy, en la medida que consideren las grandes promesas utópicas del siglo XX, sólo pueden llegar a una conclusión. Todas las grandes ideologías propuestas en el siglo XX – sea el comunismo, el socialismo, el humanismo, el existencialismo o el científicismo – no han logrado dar respuesta al gran anhelo de la humanidad. De hecho, muchas de estas ideologías esclavizaron a gran parte del mundo.

Así que, al analizar el siglo que acaba de terminar y al llegar a este nuevo milenio, vemos que las utopías prometidas por el hombre han sido consignadas al basurero de la historia.

Así que, si hacemos nuestra tarea, si proclamamos la verdad, si trabajamos a favor de los valores cristianos en cada área de la sociedad, éste puede ser un momento cuando cientos de millones de personas que están desilusionadas

por las promesas fallidas del mundo se volverán nuevamente a la única respuesta que ha perdurado a lo largo de los siglos, la única cosmovisión que provee un fundamento para la dignidad humana, para la comunidad, para el trabajo significativo, para la libertad política. La única cosmovisión que ofrece la esperanza de salvación, que es en Cristo Jesús.

Debemos presentar este mensaje al mundo y debemos tener la valentía de vivirlo. Debemos proclamar osadamente a un mundo hambriento que en Cristo nuestros pecados son perdonados y que, siguiendo el orden bíblico para la vida, uno puede vivir en armonía y justicia. Ése es el mensaje que puede introducir una gran era de renovación cristiana en todo el mundo.

www.cimientoestable.org con permiso de ©BGEA 2000